

Lejana. Diario de Alina Reyes. (Variaciones sobre Cortázar)¹

José Sanchis Sinisterra

En el lateral derecho del proscenio, un panel vertical de algún material traslúcido. Lo mismo en el lateral izquierdo del fondo.

En el centro, una mesa de escritorio con libros y papeles. En ella hay sentado un HOMBRE que hojea un cuaderno: es el diario de Alina Reyes. Consulta unos papeles, mira al público y habla.

HOMBRE.- Alina Reyes y su esposo Luis María Aráoz, llegaron a Budapest el 6 de abril y se alojaron en el Ritz. Eso era dos meses antes de su divorcio. En la tarde del segundo día Alina salió a conocer la ciudad y el deshielo. Como le gustaba caminar sola, anduvo por veinte lados buscando vagamente algo, pero sin proponérselo demasiado, dejando que el deseo escogiera y se expresara con bruscos arranques que la llevaban de una vidriera a otra, cambiando aceras y escaparates. Llegó a un puente y lo cruzó hasta el centro, andando ahora con trabajo porque la nieve se oponía y del Danubio crece un viento de abajo, difícil, que engancha y hostiga. Sentía cómo el vestido se le pegaba a los muslos, y de pronto un deseo de dar la vuelta, de volverse a la ciudad conocida. En el centro del puente desolado, una harapienta mujer de pelo negro y lacio esperaba con algo fijo y ávido en la cara sinuosa, en el pliegue de las manos un poco cerradas pero ya tendiéndose...

Los paneles se han vuelto traslúcidos, dejando entrever tras ellos sendas figuras de mujer. En el transcurrir del texto, ambas mujeres se harán visibles y desaparecerán, desplazándose por el proscenio la MUJER 1 y por el fondo la MUJER 2. La MUJER 1 es una joven elegantemente vestida y la MUJER 2, de edad indefinida, evidencia ser una mendiga. La luz que las baña es muy distinta: en el proscenio con vivos tonos ámbar, mientras que el fondo está sumido en una semipenumbra gris. El ritmo y modo de los desplazamientos de ambas mujeres, así como sus acciones y actitudes serán determinados en la puesta en escena. También la alternancia visibilidad-invisibilidad, y las imágenes traslúcidas que puedan percibirse tras los paneles. El HOMBRE no parece advertir su presencia; sólo se comunica con el público.

¹ Texto originalmente publicado en Sanchis Sinisterra, José (2003). *Vacío y otras poquedades*. Madrid: La Avispa.

MUJER 1.- Anoche fue otra vez. Yo, tan cansada de pulseras, de farándulas y de champagne rosa, me acosté con gusto a bombón de menta... Qué felices son los que dicen dormirse con luz, como Nora. Yo apago las luces y las manos, me desnudo a gritos de lo diurno y moviente, quiero dormir y soy una horrible campana resonando, una ola, la cadena que un perro arrastra toda la noche. Tengo que repetir versos, buscar palabras con a, después con a y e, con las cinco vocales, con cuatro... Más tarde sigo con palíndromos o con preciosos anagramas: Salvador Dalí, Avida Dollars... Alina Reyes, es la reina y... Es la reina y... Alina Reyes... Es la reina y... Tan hermoso éste, porque abre un camino, porque no concluye: es la reina y...

HOMBRE.- Alina Reyes y su esposo, Luis María Aráoz, llegaron a Budapest el 6 de abril y se alojaron en el Ritz. Eso era dos meses antes de su divorcio.

MUJER 1.- ¡No! Hermoso no: horrible. Horrible porque no concluye –es la reina y–, porque abre camino a ésta que no es la reina, y que otra vez odio de noche. A esa que es Alina Reyes, pero no la reina del anagrama. Que será cualquier cosa... mendiga en Budapest, quizás, pero también Alina Reyes, y sé que tiene frío, que sufre, que le pegan. Entonces la odio, aborrezco las manos que la tiran al suelo y también a ella, a ella todavía más porque le pegan, porque soy yo y le pegan.

HOMBRE.- En la tarde del segundo día Alina salió a conocer la ciudad y el deshielo. Como le gustaba caminar sola, anduvo por veinte lados buscando vagamente algo, pero sin proponérselo demasiado, dejando que el deseo escogiera y se expresara con bruscos arranques que la llevaban de una vidriera a otra, cambiando aceras y escaparates.

MUJER 1.- Cuando estoy recibiendo a las visitas de mamá o sirviendo el té a la señora de Regules o al chico de los Rivas... entonces no me desespero tanto. Es un poco cosa personal, yo conmigo. La siento más dueña de su infortunio. Lejos y sola, pero dueña. Que sufra, que se hiele; yo aguanto desde aquí, y creo que entonces la ayudo un poco.

HOMBRE.- Llegó al puente y lo cruzó hasta el centro, andando ahora con trabajo porque la nieve se oponía y del Danubio crece un viento de abajo, difícil, que engancha y hostiga... Sentía cómo el vestido se le pegaba a los muslos, y de pronto un deseo de dar la vuelta, de volverse a la ciudad conocida...

MUJER 1.- Me digo: “Ahora estoy cruzando un puente helado, ahora la nieve me entra por los zapatos rotos”. No es que sienta nada. Sé solamente que es así, que en algún lado cruzo un puente... en el instante mismo en que el chico de los Rivas me acepta el té y pone su mejor cara de tarado.

Y aguanto bien porque estoy sola entre esas gentes sin sentido, y no me desespera tanto. Lo peor es cuando estoy bailando con Luis María, besándolo o solamente cerca de él. Entonces es peor, porque a mí, a la lejana, no la quieren. Es la parte que no quieren. ¿Y cómo no me va a desgarrar por dentro sentir que me pegan o que la nieve me entra por los zapatos cuando Luis María baila conmigo y su mano en la cintura me va subiendo como un calor a mediodía...?

HOMBRE.- En el centro del puente desolado, la harapienta mujer de pelo negro y lacio esperaba con algo fijo y ávido en la cara sinuosa, en el pliegue de las manos un poco cerradas pero ya tendiéndose...

MUJER 1.- A veces es ternura, una súbita y necesaria ternura hacia la que no es reina y anda por ahí. Me gustaría mandarle un telegrama: "Estaré jueves stop espérame puente". ¿Qué puente? Cuando lo pienso, me enderezo rígida y casi aúllo, casi corro a despertar a mamá, a morderla para que se despierte. Nada más que por pensar. Nada más que por pensar que yo podría irme ahora mismo a Budapest, si realmente se me antojara. Porque allí es el frío, allí me pegan y me ultrajan. Allí hay alguien que se llama... Rod, y él me pega y yo lo amo, no sé si lo amo pero me dejo pegar, eso vuelve de día en día, entonces es seguro que lo amo.

HOMBRE.- Alina estuvo junto a ella repitiendo, ahora lo sabía, gestos y distancias como después de un ensayo general.

MUJER 1.- ¡Ir a buscarme! Decirle a Luis María: "Casémonos y me llevas a Budapest, a un puente donde hay nieve y alguien". Yo digo: ¿y si estoy? Pensé una cosa curiosa: llegaba a la terrible ciudad y era de tarde. Andaba por la Dobrina Stana con paso de turista, el mapa en el bolsillo de mi vestido azul, hasta una plaza contra el río, casi encima del río tronante de hielos rotos y barcazas y algún martín pescador, que allá se llamará... sbunáia tjeno, o algo peor... Después de la plaza supuse que venía el puente. Lo pensé y no quise seguir. Era la tarde del concierto en el Odeón. Me vestí sin ganas, sospechando que después me esperaría el insomnio... -Ya voy, mamá. Llegaremos bien a tu Bach y a tu Brahms. Es un camino tan simple... En cambio allá... Quién sabe si no me perdería. No sé el nombre de la plaza, es un poco como si de veras hubiese llegado a una plaza de Budapest y estuviera perdida por no saber su nombre...

HOMBRE.- Sin temor, liberándose al fin, Alina llegó junto a ella y alargó también las...

MUJER 1.- ¡Vladas! ¡La plaza Vladas! Entre el final del concierto y el primer bis hallé su nombre y el camino. Por la plaza Vladas seguí hasta el nacimiento del puente, un poco andado y queriendo a veces quedarme en casas o vitrinas. Yo veía saludar a la pianista entre un Chopin y otro,

pobrecita, y de mi palco se salía abiertamente a la plaza, con la entrada del puente entre vastísimas columnas...

HOMBRE.- Sin temor, liberándose al fin, Alina llegó junto a ella y alargó también las manos, negándose a pensar, y la mujer del puente...

MUJER 1.- Pero esto yo sólo lo pensaba, ojo, lo mismo que el anagrama Alina Reyes, es la reina y... Esto se me antoja y lo sigo por gusto, por saber adónde va, para enterarme si Luis María me lleva a Budapest, si nos casamos y le pido que me lleve a Budapest. Más fácil salir a buscar ese puente, salir en busca mía y encontrarme, como ahora, porque ya he andado la mitad del puente entre gritos y aplausos, entre Albéniz y aplausos y “La polonesa”... Como si esto tuviera sentido entre la nieve arriscada que me empuja con el viento por la espalda.

HOMBRE.- Y alargó también las manos, negándose a pensar, y la mujer del puente...

MUJER 1.- Me acuerdo que un día pensé: “Allá me pegan, allá la nieve me entra por los zapatos, y esto lo sé en el momento. Cuando me está ocurriendo allá, yo lo sé al mismo tiempo”... Pero, ¿por qué al mismo tiempo? A lo mejor me llega tarde, a lo mejor no ha ocurrido todavía... Pero no: si ahora ella estuviera realmente entrando en el puente, sé que lo sentiría ya mismo y desde aquí. Me acuerdo que me paré a mirar el río, que batía contra los pilares, como enfurecido...

HOMBRE.- Y la mujer del puente se apretó contra su pecho, y las dos se abrazaron rígidas y calladas en el puente, con el río trizado golpeando en los pilares.

MUJER 1.- (*Ríe.*) ¡Pobre Luis María! ¡Qué idiota casarse conmigo! No sabe lo que se echa encima. O debajo, como dice Nora, que se las da de emancipada...

HOMBRE.- Y las dos se abrazaron, rígidas y calladas en el puente, con el río trizado golpeando en los pilares. A Alina le dolió el cierre de la cartera que la fuerza del abrazo le clavaba entre los senos con una laceración dulce, sostenible...

MUJER 1.- Iremos allá, a Budapest. Luis María estuvo tan de acuerdo que casi grito. Sentí miedo, me pareció que él entra demasiado fácilmente en este juego. Y no sabe nada, es como el peoncito de dama que remata la partida sin...

HOMBRE.- Ceñía a la mujer delgadísima, sintiéndola entera y absoluta dentro de su abrazo, con un crecer de felicidad igual a...

MUJER 1.- Anoche la sentí sufrir otra vez. Sé que allá me estarán pegando de nuevo. No puedo evitar saberlo... pero basta de crónica. Ir allá y convencerme.

HOMBRE.- Con un crecer de felicidad igual a un himno, a un soltarse de palomas, a un río cantando. Cerró los ojos en la fusión total, rehuendo las sensaciones de fuera, la luz crepuscular, repentinamente tan cansada, pero segura de su victoria...

MUJER 1.- Vamos allá... Pero no ha de ser como lo pensé la noche del concierto. En el puente la hallaré y nos miraremos. Y será la victoria de la reina sobre esa adherencia maligna, esa usurpación indebida y sorda. Se doblegará si realmente soy yo, se sumará a mi zona iluminada, más bella y cierta. Con sólo ir a su lado y apoyarle una mano en el hombro.

La MUJER 1 y la MUJER 2 han desaparecido tras sus respectivos paneles.

HOMBRE.- Le pareció que una de las dos lloraba. Debía de ser ella, porque sintió mojadas las mejillas, y el pómulo mismo doliéndole, como si tuviera allí un golpe. También el cuello, y de pronto los hombros, agobiados por fatigas incontables. Al abrir los ojos –tal vez gritaba ya– vio que se habían separado. Ahora sí gritó. De frío, porque la nieve le estaba entrando por los zapatos rotos. Porque yéndose camino de la plaza iba Alina Reyes, lindísima en su vestido gris, el pelo un poco suelto contra el viento, sin volver la cara... y yéndose.

La MUJER 2 se asoma tras el panel del proscenio, al tiempo que la MUJER 1 lo hace tras el del fondo. Se miran largamente. El HOMBRE permanece hojeando el diario de Alina Reyes.

OSCURO